

Los confusos vaivenes de una gracia llamada ecumenismo

Las dificultades del ecumenismo actual plantean un problema cuya solución no se adivina fácil ni cercana. A pesar de las respuestas dadas y de las iniciativas en curso para el próximo milenio, cabe seguir preguntándose acerca de qué contribución especial podría prestar la Iglesia católica. Descendiendo a casos concretos, el autor estima que ésta debiera intensificar mucho más lo que ya practica, sobre todo en conceptos tan significativos como información, formación, decisión, compromiso y comunión.

Pedro Langa, OSA *

«**H**OY sería inconcebible una vida eclesial no dialógica y no ecuménica». Lo decía Juan Pablo II al aire

* Consultor de ecumenismo de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales. Madrid-Roma.

del fino decreto conciliar *Unitatis redintegratio* (1), en vísperas del Sínodo africano (2). La frase viene a resumir un pensamiento cada vez más repetido cuyo espíritu se adivina entre los capítulos y las notas y apartados del nuevo Directorio (3), de la *Tertio millennio adveniente* (4), de la *Orientalis Lumen* (5) y de la *Ut unum sint* (6).

La triste realidad, sin embargo, proclama que lo dialógico y ecuménico, sinónimos para muchos ecumenistas, sigue antojándose a demasiada gente, y con mayor frecuencia de la debida, términos utópicos, o por lo menos disyuntivos si es que no prescindibles. Hay una mentalidad en abierta o velada oposición al aserto papal.

Sobradamente se justifica, pues, el título de estas páginas, en las que pretendo analizar alguno de los muchos puntos que hoy circulan por ahí con argumento que bien pudiera centrar esta pregunta: ¿Cuáles son las dificultades más importantes para la unión de las Iglesias y qué especial esfuerzo tendría que hacer la Iglesia católica para promover la Unidad? Es obvio que respuestas puede haber muchas, pero ecumenismos, acláremoslo de entrada, sólo hay uno! Con el matiz católico que antecede salta bien a la vista, creo, el reducido círculo de estas reflexiones.

Dificultades en general

SEÑALEMOS, como primera de ellas, la fiebre secularista. Paradójicamente, el fenómeno religioso, que tanto interés despierta por doquier en estos últimos tiempos, no lleva camino

(1) Decreto de Ecumenismo aprobado el 21-XI-1964: AAS 57 (1965) 90-112. Véase P. Langa, «A treinta años del Decreto de Ecumenismo»: *Pastoral Ecueménica* (=PE) 11 (1994) 317-341.

(2) «Angelus»: *L'Osservatore Romano*, 14-15 marzo, 1994, pp. 1 y 5.

(3) CPUC, *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo*. Madrid, 1993. Véanse estudios en PE 11/31-32 (1994).

(4) Carta ap. de Juan Pablo II para indicar el camino a seguir en vista de la celebración del Gran Jubileo del Año 2000 (10-XI-1994): AAS 87 (1995) 5-11.

(5) Carta ap. de Juan Pablo II sobre las iglesias orientales en el centenario de la Enc. *Orientalium dignitas* de León XIII (2-V-1995): AAS 87 (1995) 745-774. Cf. M. Van Parys, *Orientalis Lumen*. Une lettre apostolique sur les Eglises d'Orient: *Irénikon* 68 (1995) 205-213.

(6) Carta Enc. de Juan Pablo II sobre el empeño ecuménico (25-V-1995): AAS 87 (1995) 921-982. Cf. M. Thurian, «L'Enciclica *Ut unum sint*. Apertura e chiarezza. L'ecumenismo di Giovanni Paolo II»: *L'Osservatore Romano*, 2-VI-95.

de acabar con el anestésico de conciencia que a diario nos aplican en fuertes dosis el materialismo económico, el escepticismo relativista y la permisividad ética. Las Iglesias, divididas como están, no sólo se ven impotentes para resistir, sino que, a causa del citado virus, corren ellas mismas el peligro de conformarse con sus divisiones.

Digase lo propio de los nacionalismos exacerbados, cuya severa denuncia hizo el Papa en su espléndido discurso ante la ONU el 5-X-95 (7); los diversos fundamentalismos, particularmente el islámico del Magreb; las guerras intestinas de Centroeuropa, en cuya diabólica trama intervinieron, para mayor vergüenza de cuanto aquí se dice, Iglesias y religiones; y Uganda la mártir, desde sus odios tribales hasta las depuraciones étnicas y el genocidio.

Un segundo factor es la crisis de valores. Ya no se trata de políticas ramplonas, maquiavélicas, de las que discrepar o a las que oponerse. Lo que anda en juego ahora es la misma honorabilidad del Estado e incluso la decencia y el buen sentido social de las democracias. La manzana de la convivencia se zocatea y repudre por el gusano que lleva dentro, de cuya corrupción son víctimas políticos, dirigentes y hasta poderes fácticos con programas sobre los que, en ocasiones, avizora siniestra la cultura de la muerte. Las Asambleas de El Cairo, Copenhague y Pekín (8) han permitido comprobar qué oscuros intereses determinan el momento actual, quiénes los promocionan, y dónde quedan los valores morales a la hora de tomar iniciativas, atajar abusos y promover cultura.

Un tercer factor que dificulta el avance de esta noble causa son las sectas y los nuevos movimientos religiosos (9). Dejando a un lado ya la nomenclatura que utilizan, de cambiante orientación —puede que para mejor impedir así saludables controles—, está, sobre todo, su índole radicalmente contraria a cuando implique diálogo y transparencia. Actúan allí donde notan vacíos de actividad eclesial, erigiéndose con ello en competidores desleales en la tarea evangelizadora.

Un cuarto desafío, nada baladí, es la manipulación lingüística. A palabras y conceptos se reducen, por ejemplo, cuestiones como la publici-

(7) Cf. A. Lobato, «Nuevos horizontes de los derechos humanos»: *Angelicum* 73 (1996) 185-216.

(8) Cf. P. Langa, «La Santa Sede y la Conferencia de El Cairo»: *Religión y Cultura* 40 (1994) 865-875; Id., «La Cumbre de Copenhague»: *Ib.*, 41 (1995) 135-145; Id., «Mujeres en Pekín»: *Ib.*, 4 (1995) 633-646.

(9) Cf. J. García Hernando, *Pluralismo religioso II. Sectas y nuevos movimientos religiosos*. Sociedad de Educación «Atenas», Madrid, 1993.

dad —mentira manipulada, según certera definición de ahora—, las relaciones humanas, religiosas también, y la nueva evangelización hoy en boga. Hasta las Iglesias, dentro de sus relaciones, pueden caer en el señuelo de recurrir al lenguaje manipulado como arma arrojadiza. No sería éste, con todo, el mayor de los peligros aquí posibles. Por lo que a la Iglesia católica concierne, se ha de advertir que el de la comunicación es hoy uno de los morlacos más difíciles de lidiar: sigue resistiéndosele ese lenguaje convincente, atractivo, sugeridor, con poder de convocatoria, capaz de arrastrar al Evangelio.

Predicarle al mundo con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas experiencias (retos de la Nueva Evangelización), nuevo talante ecuménico, sí. Lo que ocurre es que primero harían falta condiciones que no se dan, porque el testimonio tiene su lenguaje, él mismo es ya lenguaje, y lo primero que hiere a la vista, en el campo testimonial de las Iglesias, son sus divisiones.

Coinciden los ecumenólogos en reconocer —lo dijo también el Concilio, y luego Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* (10), y Juan Pablo II en incontables ocasiones— que la división de las Iglesias constituye un monumental escándalo. No es de recibo a estas alturas pretender evangelizar a un mundo moderno hablándole de unidad con Dios y con los hermanos, mientras se permanece al margen de las otras Iglesias en permanente ruptura y distanciadora división como si nada pasara. Las divisiones son, quiérase o no, antievangelizadoras. Todo lo que signifique trabajar por salir de situaciones así será siempre merecedor de apoyo y digno de ser proseguido a toda costa. Y al contrario, cuanto conlleve desentendimiento, podrá tacharse de antiecumenista. Y si como tal hemos de calificar el hecho debido a ese pasar de largo ante o que por encima de todo es *urgencia de caridad*, ¡qué no sería preciso escribir cuando son recelos, negativas, bloqueos, activa oposición, en suma, dentro de las mismas Iglesias, comprendida, por supuesto, la católica romana!

Dificultades concretas

A nadie se le oculta que entre los mismos católicos hay quien sigue creyendo en el ecumenismo de los gestos

(10) Exhort. ap. sobre la evangelización en el mundo actual (8-XII-1975): AAS 58 (1976) 5-76.

bonitos, de las ilusiones compartidas, de las aspiraciones utópicas. O al revés: quienes opinan que sólo merece la pena lo que acaba en acuerdos teológicos, con lo cual, dada su difícil andadura, parece sugerírseles de forma implícita que es preferible estarse cada quien en su casa y Dios en la de cada uno, pero no en la de todos, que sería la Iglesia de Cristo. Creemos que ni los de la inquietud saludable tienen razón, ni la tienen tampoco los de la recolección tangible, y menos aún quienes pretenden irse a otra cosa porque ésta «pertenece al pasado» (11).

Otros peligros de los que previene Juan Pablo II son la impaciencia y el pesimismo. Nunca las prisas fueron buenas en nada, y menos en ecumenismo, para el que siempre han resultado pésimas. De ahí lo de las actitudes románticas que antes se ha dicho, o el catálogo de fascinantes sorpresas, que se dice ahora, al cual nos tuvo años atrás acostumbrados el *diálogo de la caridad* (12). Paciencia, con todo, no significa pereza o resignación, ni apatía o pesimismo, ni pasividad o desentendimiento. Paciencia es, más bien, resistir con firmeza, aguantar con esperanza, mantenerse con amorosa fidelidad.

La Iglesia católica, es cierto, dialoga hoy oficialmente con la Comunión Anglicana, los Discípulos de Cristo, la Federación Luterana Mundial, la Alianza Reformada Mundial, el Consejo Mundial Metodista, los Pentecostales, la Alianza Baptista Mundial, los «Evangelicals», las Iglesias ortodoxas calcedonenses, las Iglesias ortodoxas bizantinas y el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Ocurre, sin embargo, que el fruto de tales diálogos, o sea los documentos de las comisiones mixtas entre Roma y cada uno de los mencionados interlocutores, componen ya un material voluminoso que, para desdicha nuestra, duerme en las bibliotecas a la espera de una formación ecuménica diligente.

Precisemos todavía más recordando el problema uniata: cuando el Sínodo sobre Europa llegó a poner al ecumenismo católico ortodoxo contra las cuerdas (13). Tenemos personalmente la impresión de que las aguas van volviendo a sus cauces, mas no con la prontitud debida, lo cual

(11) Como supieron denunciarlo Fries y K. Rahner en su libro *La unión de las Iglesias. Una posibilidad real*. Barcelona, 1987, pp. 13-16: 14.

(12) Socorrida expresión para significar el dinamismo de los encuentros entre las Iglesias ortodoxas y la católica, cuya autoría corresponde al metropolitano Melitón de Calcedonia. Véase P. Langa, *La Iglesia católica y el ecumenismo*, en: Id. (dir.), *Al servicio de la unidad*, Sociedad de Educación «Atenas», Madrid, 1993, pp. 477-514: 494, not. 51.

(13) Cf. P. Langa, «Los retos del Ecumenismo en el Sínodo de Europa»: PE 9/25 (1992) 13-22.

es tanto más de lamentar cuanto que parece reducirse todo, en la práctica, a dilación de estrategias pastorales. Nos tememos que, detrás del contencioso, laten actitudes poco decorosas, a las que no termina de llegar ese factor tan importante para la Unidad que llamamos *reconciliación y renovación*.

Si venimos al campo de la Reforma, las dificultades estriban mayormente en distinguir bien entre las denominadas Iglesias históricas de las llamadas, aunque tampoco está muy claro, Comunidades eclesiales, y una vez aquí, entre éstas y las cristianas, donde es posible dar a veces con el sectarismo. Son, pues, problemas eclesiológicos a plantear y resolver, igual que sus añadidos de los sacramentos, en clave de eclesiología. De ahí que la Iglesia católica multiplique los diálogos para encarar con un mínimo de rigor problemas de diverso cariz en el fondo y de muy distinto planteamiento en la forma. Pero la multiplicidad, que no pluralidad, puede que esta vez esté reñida con lo simple, muchas veces fuente de eficacia.

Difícil asimismo el reto de la ordenación de mujeres, causa de agudas crisis de conciencia entre numerosos anglicanos obedientes a Lamberth, y significativa irritación entre sectores ortodoxo-católicos contrarios a medida tan insólita como inoportuna. Pero aquí la mayor gravedad no reside, pese a todo, en el hecho mismo de la decisión al margen de protestas internas (que de ello hablará un día la teología), sino en la herida causada al espíritu de concordia al que habían llegado las comisiones mixtas. En el diálogo ecuménico no es bueno acudir a los hechos consumados. Dialogar ecuménicamente tiene un alto precio: exige, por un lado, audacia, valentía, riesgo en quien lo practica, es verdad, pero también, por otro lado, gran respeto al interlocutor, y nunca, en cualquier caso, prisas ni concesiones a la galería. Me comentaba un prelado anglicano afecto a Lamberth semanas después de hacerse pública la noticia: «A ver si ahora la Iglesia católica se anima también ella a dar por fin el paso». La *Ordinatio sacerdotalis* (15) de Juan Pablo II cerrando a cal y canto la puerta le habrá convencido de su error.

(14) Para el tema de los diálogos, cf. A. González Montes, *Enchiridion Oecumenicum*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986 (v. 1) y 1993 (v. 2).

(15) Sobre esta carta papal, fechada el 22-V-1994: AAS 86 (1994) 545-548, véase el editorial «La ordenación de la mujer: ¿una encrucijada sin salida?»: *RAZÓN Y FE*, 233/1.167 (1996), 15-21

Contribución actual de la Iglesia católica

INJUSTO sería, y puede que torpe también, negar el espléndido papel de la Iglesia católica en el ecumenismo de los últimos treinta y cinco años. Pero, esto dicho, cabe la pregunta de si habrá sido suficiente. A pocas semanas de publicada la *Ut unum sint* uno pudo escuchar de monseñor Duprey que se había llegado con ella mucho más lejos de lo que los ecumenólogos más optimistas hubieran podido imaginar (16). Otros expertos en cambio se han expresado después en términos no sólo menos entusiastas, sino hasta críticos, y en algún punto incluso abiertamente disconformes (17).

Desde luego que el rodaje ecuménico posconciliar registra momentos de honda emoción junto a horas alternas de fatigoso estancamiento. El *diálogo de la caridad* abunda en lo primero; el *teológico*, por el contrario, se resiente de lo segundo. En resumen, dos fases diversas: la primera, optimista, eufórica, bien trabajada, va desde la clausura del Vaticano II hasta 1982 con la publicación del BEM (Bautismo, Eucaristía, Ministerio) (18). La segunda, que propende al desencanto, al repliegue, al miedo, desde el mencionado Documento de Lima hasta hoy.

Tal vez la *Oriente Lumen* y la *Ut unum sint* obliguen a enmendar la plana de esta recelosa impresión. Saldremos de dudas. De momento, valga aquí lo de Juan Pablo II al puntualizar que no ha de entenderse el ecumenismo como un partir de cero, pues unidad en él hay, por imperfecta que sea. De igual modo es posible decir que Roma viene trabajando de firme en tan plausible quehacer, pero sin que ello impida seguir con la pregunta de si hubiera podido, o podría, hacerse más.

(16) Durante su conferencia sobre la *Ut unum sint* el 16-VI-1995, en la librería *San Paolo Multimedia* (Roma). En igual sentido, E. Lanne, «L'Encyclique *Ut unum sint*. Une étape en oecuménisme»: *Irénikon* 68 (1995) 214-229. Nota 6.

(17) Calurosa acogida, entre los ortodoxos, del metropolitano Damaskinos en *La Croix* (1-VI-1995), y del prof. O. Clement en *Contacts* (n.º 170). Más reservados, los protestantes: por ej., el pastor Tartier y el Dr. Lukas Vischer, en *La Croix* (31-V-1995). Merece exceptuarse el bello artículo del pastor Alain Blanc en *Riforme* (10-VI-1995). Muy negativas, en fin, las reacciones de la *Lutherische Monatshefte* (junio-julio de 1995). Véanse las notas 25 y 26.

(18) Para dicho documento en el ecumenismo actual, véase *Baptism, Eucharist & Ministry - 1982-1990*. Report on the Process and Response, *Faith and Order paper* 149, WCC Publications, Geneva 1990. Buena glosa en R. Bertalot, «Battesimo-Eucaristia e Ministero 1982-1990»: *Nicolaus. Rivista di Teologia ecumenico-patristica* 22 (1995) 169-173.

En la tercera parte de la *Ut unum sint* figura lo incitante y novedoso que Juan Pablo II aporta, hoy por hoy, a la causa: conveniencia de un martirologio pancristiano, arrumbar, por terminología menos conforme, el apelativo *hermanos separados* para sustituirlo por el de *hermanos cristianos*, o *hermanos no católicos*, así como la generosa oferta de buscar juntos «las formas con que este ministerio (del Papa) pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocido por unos y otros» (n. 95), que es lo de más bulto. La Tradición, la Eucaristía, la Ordenación, el Magisterio y la Virgen María son, a juicio del Papa, los cinco puntos necesitados de ulterior estudio en aras de la verdad total por la unidad visible (19).

Creemos personalmente que, en el momento que vivimos, ese plus que la Iglesia católica debiera dar a su contribución ecuménica pasa por intensificar en información, formación, decisión, compromiso y comunión lo que ya viene practicando. Decimos Iglesia, entiéndase bien, y no Santa Sede ni jerarquía, porque va siendo hora de concienciarse todos, clero y laicado, de que ni la teología es privativa de eclesiásticos, aunque a veces así parezca, ni la gracia es coto de unos pocos, por mucho que se empeñe algún radical a contrapelo, ni el apostolado es misión de sólo sacerdotes y religiosos, ni el ecumenismo, en suma (por interesar la vida misma de la Iglesia), don reservado a las altas esferas vaticanas. Muchos se preguntan qué queda de la *Christifideles laici* (20).

Desde el primer día de su pontificado el actual sucesor de San Pedro no cesa de repetir que el ecumenismo es pastoral prioritaria, gracia del Espíritu Santo para la Iglesia toda, movimiento irreversible ya entre católicos y parte indispensable de todo proceso de formación cristiana. Bien está lo que bien suena de puro evidente, pero, ante el panorama que se divisa, cabe dudar que tan consoladoras como rotundas afirmaciones estén siendo plenamente asumidas en todo el orbe católico. De ahí los puntos que subsiguen.

Más información

LA reclama el nuevo Directorio; la recomiendan esos principios de experiencia y de sabiduría popular recoge-

(19) Véanse los comentarios del Card. Cassidy: *L'Osservatore Romano* (31-V-95). Notas 6 y 16.

(20) Exhort. ap. postsinodal de Juan Pablo II sobre el papel de los laicos en la Iglesia (30-XII-1988): AAS 81 (1989) 393-521.

dos en el refranero: «Ojos que no ven corazón que no siente»; la exige en definitiva la misma vida moderna, que ante todo es voz, propaganda, intercambio de ideas, comunicación. Mal puede valorarse lo que no se conoce; y lo que no se aprecia tampoco se ama. Sigue vigente el conocidísimo exhorto del cardenal Mercier, aquel célebre ecumenista de Lovaina: «Para unirse hay que amarse, para amarse hay que conocerse; para conocerse hay que encontrarse». Reduciéndolo a diada cabría añadir ahora: «Para formarse hay que informarse».

El ecumenismo es hoy disciplina teológica con derecho a créditos en el cuadro de asignaturas a impartir en seminarios y universidades. Bien claro lo afirma el nuevo Directorio y bien tranquilos siguen los centros remolones. También en España, a pesar del buen cambio de aires, todavía hay diócesis donde falta el delegado de ecumenismo; o sólo está en el papel; o hubo, sí, pero después de un tiempo causó baja para cubrir otros puestos considerados preferentes. A falta del hombre/mujer clave en el organigrama diocesano, cuya misión es, sobre todo, *informar* al obispo y a las comisiones y a los sencillos fieles de la tarea ecuménica, ya se puede suponer el resto.

Mueve a hilaridad encontrarse todavía, después de treinta y cinco años de posconcilio, con quien al oír *ecumenismo*, te replica como si hubieras pronunciado mal (ni se preocupan de que puedan ser ellos quienes no han entendido bien): «Déjese usted de *comunismo* y no me complique la vida con esas cosas». La desinformación asoma de igual manera hilarante cuando el interlocutor, creyendo dar en la diana, te suelta, por ejemplo: «Pues en mi barrio, sectas (como si sectarismo fuera igual que ecumenismo) ni una», y a lo peor tiene media docena. O ya, rizando el rizo: «En Rusia, la Iglesia católica ortodoxa del Papa» (como si pudiera darse un conjunto semejante).

Pero donde la cosa llega al sonrojo es en los medios de comunicación, náufragos ellos mismos a veces del tema sobre el que precisamente intentan informar: ni Alessio I podrá reunirse jamás con Juan Pablo II, pues hace muchos años que aquel falleció (la informadora quería decir, sin duda, Alexis II —¿por qué no Alejo II?—, actual patriarca de Moscú y de todas las Rusias); ni Konrad Raiser es «Padre» (lo es sólo de familia), sino doctor y pastor protestante y ahora secretario general del CEI (el locutor estaba obligado como pocos a decirlo correctamente); ni, contrariamente a cuanto hace poco escribía un sacerdote periodista, existe Decreto alguno del Concilio Vaticano II titulado *Dignitatis humanae*, pues se

trata de una Declaración, y bien importante por cierto (21), pero no Decreto. Los citados casos pertenecen a enero de 1996. La lista, desde luego, podría seguir con ejemplos de mayor esloro.

Acábase de una vez con la manía de pensar que los males que aquejan a la Iglesia responden a este movimiento, calificado por el daltónico Lefebvre como «Caballo de Troya». Déjese, por favor, de presentar el ecumenismo como cruzada de conversaciones a la Iglesia católica; ilamentable el modo de presentar en algún diario la conversión de la duquesa de Kent al catolicismo! Hora es ya de reconocer con el Papa que dicho movimiento redunda cada vez en mayor identidad eclesial, más comprometida y pundonorosa renovación interior y exterior, y, en fin, más cordial, íntima y fecunda profesión del propio credo. Y es que la información debe aspirar a ser, antes que nada, objetiva y veraz. Sólo entonces podremos decir que es, o por lo menos que está en vía de serlo, formadora.

Más formación

QUE los nuevos tiempos piden otro tipo de teología, es evidente. Que esta vez habrá de ser ecuménica, también. Que su ecumenismo no ha de reducirse a tema de asignatura o de manual (eso démoslo por descontado), sino a vida que atraiga por su actitud, su talante y su estilo, sin duda. El espíritu del Vaticano II está reclamando desde hace mucho tiempo otro tipo de clero y de laicado, otra metodología en la forma de enseñar la *Scientia Dei* por parte de profesores y teólogos. «En la Iglesia católica —son palabras de Juan Pablo II—, acaso el elemento más decisivo de la formación ecuménica está en la preparación del clero y los religiosos» (22). La ecuménica en concreto no busca ante todo errores, como alguien a primera vista pudiera suponer, sino verdad, esa verdad que asoma sin esfuerzo y por doquier al objeto de poder nosotros integrarla en la totalidad del conocimiento cristiano de la fe. Acaso sea el ecumenismo donde la teología refleja su más genuina esencia, a saber: conquista permanente de la verdad a favor de un mundo

(21) Sobre el derecho de la persona y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa (7-XII-1965): AAS 58 (1966) 929-946.

(22) «Discurso a los Delegados de las Comisiones Nacionales de Ecumenismo» (27-IV-1985): PE 2/5 (1985) 259-261: 260.

lacerado por las discordias. Su misión, por eso, es conseguir que la Iglesia brille como signo profético de unidad y de amor.

La acontecimientos que ahora mismo vive la humanidad —lo del muro de Berlín y de la extinta Unión Soviética se ha visto como un cambio comparable al de la Revolución francesa— reclaman formarse de otro modo. La teología ecuménica, por eso mismo, tiene ante sí el reto de preparar pensadores bien informados y bien formados que representen a sus respectivas Iglesias sin retóricas inútiles, sin búsqueda alguna de «vedettismo», sólo con sencillez y con fe, que viven su vocación de testigos de la Unidad: porque aquí no se trata de implantar eclecticismos eclesiológicos de ningún género, una especie de ONU de las religiones, como alguien dejó caer —itorpemente!— a propósito del encuentro de Asís en 1986. Tampoco, desde luego, de recalar en un radicalismo que ni tenga en cuenta ni respete al interlocutor. Se trata simplemente de mirar todos juntos a Cristo procurando vivir incluso la unidad visible de su Iglesia.

Hará falta en dicha teología, qué duda cabe, inquietud y dinamismo que empujen hacia la verdad histórica para, desde ella, encaminarse resueltos hacia la evangelización y energía de cualesquiera movimientos, comprendido el ecuménico, el dinamismo teológico es, sobre todo, vida y, por lo tanto, esfuerzo común de fieles y pastores. Mucho tiene que ver, de hecho, con el *sensus fidelium* del Pueblo de Dios y con el agustiniano *amoris officium* del ministerio pastoral, vividos *ex Ecclesia, in Ecclesia et per Ecclesiam* (23). El ecumenismo, al final, dispone de pedagogía propia y le asisten por igual derechos y deberes irrenunciables. Empieza por la elegancia y las buenas maneras y la armoniosa compostura en relaciones intereclesiales y acaba siendo comprensiva generosidad, fineza espiritual y pura gracia; algo que, por infrecuente en la predicación y en el modo de entender tan hermoso quehacer, debe llegar hasta los últimos reductos capilares de la Iglesia y de la sociedad.

Si la Iglesia católica, en la que según propia confesión *subsiste* la de Cristo (24), hizo con documentos del Vaticano II como *Lumen gentium*, *Dignitatis humanae* y *Unitatis redintegratio* sobre todo trascendentales afirmaciones, algunas bien sorprendentes por cierto (léase *jerarquía de verdades*, el ya citado *subsistit in* y, por ello, el reconocimiento de Iglesias «hermanas» con medios de salvación propios de la Iglesia de Cristo, no tendrá más alternativa ahora que proceder en consecuencia.

(23) Es decir, desde la Iglesia, en la Iglesia y por/para la Iglesia. Véase San Agustín, *In Io. eu. tract.* 123,5 (CCL 36, 678).

(24) Cf. LG 8, UR 4, DH 1; Directorio, 17.

Por lo pronto tendrá que dejar de mirarse a sí misma para abrir su corazón de madre a los demás (el mundo todo, los hombres todos, no católicos, y hasta no cristianos, y ni siquiera creyentes, puesto que la evangelización consiste en ponerse al servicio de la humanidad). ¿Da hoy la Iglesia esa impresión? Es arduo tener que acogerse, en ciertos casos al menos, a la duda. Sigue habiendo encogimiento, cobardía, inhibición, recelo y actitudes a la defensiva; y en algunos círculos, por fortuna menores, nostalgia de pasadas condenas. Sigue faltando valor y apertura y empuje y decisión a la hora de caminar.

Más decisión

TAL vez sea éste un tiempo en el que sobran palabras y faltan hechos. Sigue citándose, como tantas suyas, la conocida frase de Pablo VI en que hacía notar que el mundo de hoy hace más caso a los testigos/profetos que a los maestros. Regalos del cielo son la *Tertio millennio adveniente*, *Oriente Lumen* y *Ut unum sint*, amén de muchísimas alocuciones papales (posiblemente nadie en este siglo ha escrito tanto del ecumenismo como Juan Pablo II). Pero ¿basta con lo novedoso que ahí se nos ofrece, con lo que la *Ut unum sint* avanza? Habrá respuestas para todos los gustos. Sin llegar al entusiasmo de monseñor Duprey, piensa uno que no es poco; pero, de igual manera, y sin tampoco andarse por las ramas ni largarse detrás de hipercríticos atolondrados, parece que se debió avanzar más. Sin ir más lejos, la misma encíclica deja entreverlo en los párrafos de mayor fidelidad a *Unitatis redintegratio*.

Entre las duras críticas de Jürgen Moltmann a la *Ut unum sint* destaca la de este largo texto: «Cuando, después de la desintegración del imperio soviético, dice, se presentó la oportunidad única de convocar en Europa un concilio de todos los cristianos, el Papa, en lugar de ello, proclamó una reevangelización de Europa, de carácter católico romano, dirigida especialmente a los pueblos ortodoxos y a las Iglesias que antaño habían estado unidas con Roma en la Europa oriental. Dejó pasar la hora de poner desinteresadamente el ministerio de Pedro al servicio de la cristiandad europea. Fue una profunda decepción para muchos cristianos de Europa, tanto católicos como no católicos» (25).

(25) «Glosa de actualidad (I). ¿Tiene el papado un futuro ecuménico?»: *Concilium* n. 261 (1995) 913-915:915. Igualmente negativo, J. Panagopoulos, «Glosa de actualidad (II). *Ut unum sint*. Observaciones sobre la nueva encíclica pontificia desde una perspectiva ortodoxa»: *ib.*, 916-920.

El desaire de los patriarcas ortodoxos a Juan Pablo II rechazando su invitación al Sínodo sobre Europa, gesto que el Papa calificó en la clausura como *Kenosis del Sínodo* (vacío sinodal), abunda, efectivamente, en el problema aludido por el citado *Teólogo de la esperanza*. Aquello pudo salir mejor, es cierto (26). Por eso mismo, el Año Santo del 2000, ya convocado, sería ocasión magnífica para demostrar que la experiencia es fuente inagotable de sabiduría.

Más compromiso

LA *Ut unum sint* en el subtítulo lo llama *empeño*, y a él sin duda se refiere en la mayoría de sus páginas, de modo que no es preciso extendernos ahora por esa dirección. Sólo, eso sí, continuar la marcha del crescendo en los puntos que venimos analizando. A propósito del «proselitismo», y sirva sólo de muestra, ¿no sería preferible que ortodoxos y católicos se dejaran de reproches mutuos para acometer juntos y con todo el rigor posible y de una vez por todas el espinoso problema uniata? «¡Mirad cómo se aman!», recuerda Tertuliano que se decía de los primeros cristianos (27). Ante casos como el presente, puede que muchos exclamen hoy: «¡Mirad cómo discuten y porfian entre sí!»

1998 —L Aniversario de la fundación del CEI— es otra oportunidad de oro para que la Iglesia católica redoble su compromiso ecuménico con el ingreso en tan alto organismo. Si hay ya hijos suyos que ocupan puestos directivos en FC, brazo teológico del CEI, ¿por qué la Iglesia sigue sólo en colaboraciones de tipo social? Y de paso ya, ¿sería mucho pedir de la teología católica mayor esfuerzo por esclarecer la expresión *Comunidades eclesiales*? Nada de todo esto destaca en los últimos documentos.

Comprométase Roma a velas desplegadas en documentos conjuntos, dado que sólo hay un ecumenismo. Nadie discutirá que los papeles en materia pueden calificarse, justo por ello, de ecuménicos, y que *Ut unum sint* contiene citas apuntando hacia esa meta, es verdad, pero de ahí a lo que aquí se intenta sugerir media gran trecho todavía. Porque se trata de entrar a fondo en la causa; de mirarla por dentro más que desde fuera; de trabajar *e-cu-mé-ni-ca-men-te*. No debiera la Iglesia católica, por eso,

(26) Véase la nota 13. Críticos también (cf. nota 17 al final), los patriarcas de Constantinopla y Moscú (cf. *Vida Nueva*, Año IX, n.º 96, 1995, 64-73).

(27) *Apologeticum* 39,7 (*Patología I*, BAC 206, Madrid, 1968, p. 559).

limitarse a decirnos cosas magníficas desde ella sola y sólo para católicos, sino aspirar a formar coro junto a sus hermanas Iglesias y a hacer cosas en común *con* los otros cristianos. Hubiera sido admirable al respecto, por parte de los principales líderes cristianos del mundo, un documento similar al de la *Tertio millennio adveniente*, pero común, conjunto, de todos. ¿Otra ocasión perdida?

Más comunión

ES consecuencia o remate de lo anterior. De ahí que sea de lamentar, y no falten quienes lo han exteriorizado, que el Directorio en el 93 y ahora la encíclica den la impresión de haber retrocedido en cuestiones de *communicatio in sacris* (28). A uno se le alcanza que apoyar cuanto se pueda en tan delicado asunto siempre será beneficioso, y que el hecho mismo de un retroceso en su tímida práctica terminará por entorpecer más que facilitar el camino de la Unidad, que en definitiva es lo urgente, lo fundamental, lo necesario.

El término *communio* (*koinonía*) está hoy de moda en lo ecuménico. Basten las últimas Semanas de Oración del mes de enero para corroborarlo (29). Ojalá les ocurra lo mismo a *renovación y reconciliación*. El argumento escogido para la Segunda Asamblea Ecuménica Europea, programada para mediados de 1997 —la primera tuvo lugar en Basilea el año 1989— parece indicar que así será: *Reconciliación, don de Dios y fuente de vida nueva*, reza el título del Documento de Trabajo preparado al efecto por la Comisión mixta de KEK/CCEE (Conferencia de Iglesias Europeas/Consejo de Conferencias Episcopales Europeas).

Es preciso que la Iglesia católica, dejando a un lado miedos y recelos, haga cuanto esté de su parte por llegar con las otras Iglesias, sus hermanas, a una verdadera *comunión*, con objeto de afrontar así, desde una estrategia común, los desafíos que las religiones plantean al cristianismo en campo ecuménico. Atrás hemos escrito sobre el peligro de las sectas. El ancho

(28) Cf. PE 11/31 (1994) 5-9; PE 11/33 (1994) 332 s; PE 12/36 (1995) 289-295.

(29) La de 1994 por lema *Llamados a «tener un solo corazón y una sola alma»* (Act 4, 32), y la de 1995, «*Koinonía*». *Comunión en Dios y entre nosotros* (Jn 15, 1-17). Una monografía representativa al respecto, la de J.-M.-R. Tillard, *Iglesia de Iglesias. Eclesiología de comunión*. Sígueme, Salamanca, 1991.

campo del diálogo interreligioso, sobre cuyo estudio y conveniente implantación se pronunciaron ya algunos padres conciliares durante las sesiones del Concilio Vaticano II, ha cobrado en las últimas décadas extraordinaria pujanza, y ahora mismo amenaza con dejar en segundo plano las tareas intereclesiales del ecumenismo.

Se impone, pues, que las Iglesias alcancen cuanto antes la comunión de corazones mediante un compromiso más hondo y generoso en la intercomunión de sacramentos. Si tenemos un bautismo común, ¿va a ser imposible conseguir otro tanto en la Eucaristía? Buen paso adelante podría ser, para ir haciendo camino, unificar de una vez por todas la fecha de celebración de la Pascua. Parece mentira que a estas alturas de milenio permanezcamos divididos hasta en diminutas cuestiones de cronología. Sólo de ese modo, es decir, desde un frente común de amor, de fraternidad reconciliada, el cristianismo podrá entablar un diálogo interreligioso de veras eficaz. Sólo desde iniciativas que propicien tal entendimiento, las Iglesias harán creíble ante las otras religiones, las del Libro sobre todo, el Evangelio que predicán. De lo contrario, ni el mundo ni las religiones prestarán credibilidad a su tarea evangelizadora (30). Dos objetivos nos van en ello, por consiguiente: el de la identidad y el de la credibilidad. Potenciar la *reconciliación* y la *renovación* en aras siempre de una creciente *intercomunión* cristiana nos parece lo ideal para que las Iglesias puedan cubrir etapas con lucidez y prudencia, también con seguridad y garantía, porque se necesitan entre sí. Secundar esta gracia dando pasos firmes, valientes, audaces, consecuentes tal vez sea el modo mejor de reconocer que la carga de autocrítica, de oración en común y de recíproco perdón que dichos términos comportan, no sólo es meta común y deseable, sino camino posible y practicable y clara señal para el mundo cristiano de esta hora, en fin, de que por su escondida senda nos quiere el Señor juntos, sin confusos vaivenes, con segura brújula y esperanzados pasos hacia la unión que aguarda desde el milenio que viene.

(30) Acerca de los desafíos que el diálogo interreligioso plantea dentro del ecumenismo, cf. «Atti XI Colloquio»: *Le Chiese cristiane e le sfide delle religioni*, Bari 13-14 giugno 1994»: *Nicolaus* 22 (1995), todo el número.